

“Arraigados en Dios”

Para leer la Biblia con provecho

Devocional
Lecturas bíblicas diarias

Traducciones del alemán
“Zeit mit Gott”

Tema: Dios nos otorga un poco del cielo aquí en la tierra.
Serie Biblia Compacta – Éx. 24 – 27
(18 días)

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización del editor.
©Diakonissenmutterhaus Aidlingen



Dios nos otorga un poco del cielo aquí en la tierra.
Serie Biblia Compacta – Éx. 24 – 27
(18 días)

Día 1

Éx. 24:1-4a; Dt. 30:14

Hasta ahora hemos visto la jornada del pueblo de Israel a través del desierto.

La liberación de la esclavitud de Egipto y su travesía por el desierto, demostraban la gran bondad de Dios y sus obras salvadoras. Ellas son más grandes que las quejas, las murmuraciones, las rebeliones y también mayores que su falta de fe y su desobediencia (Éx. 12 – 18).

Junto al monte Sinaí Dios hace un pacto con el pueblo. Por medio de Moisés Dios les entrega los “Diez Mandamientos” (cap. 19 y 20). En el libro del pacto, los preceptos de Dios, Él mismo da las instrucciones y ordenes de como debe ser la vida diaria del pueblo (cap. 20:21-23:33).

El siguiente pasaje trata de la aprobación del pacto (cap. 24:1-4a) y de la celebración del mismo (cap. 24:4b-8). Aquí veremos el tema principal que vamos a estudiar:

¿Cómo podemos y debemos vivir comprometidamente nuestro pacto con Dios y vivir en buena convivencia entre nosotros?

1. *Por la Palabra de Dios.* El libro del pacto es el portador personal de la Palabra de Dios. Nada es tan importante y esencial que el escuchar la Palabra que viene de Dios. Es una Palabra con la que se puede vivir y también morir.

Como ya hemos visto anteriormente, Moisés presenta al pueblo los “Diez Mandamientos” y los preceptos cívicos. En ese momento el pueblo expresa su disposición de hacer “todas las palabras que Jehová ha dicho”. Aquí observamos tres aspectos acerca de la manera de poder vivir bien con el Señor y entre nosotros: • Recibir la Palabra de Dios, • anunciar la Palabra, • obedecer la Palabra de Dios.

Nosotros hoy tenemos una cercanía especial a la Palabra de Dios, pues, tenemos a Jesús, el mediador del nuevo pacto. Él es la Palabra de Dios en persona. Nadie está tan cerca de nosotros que Jesús. “Sus palabras son espíritu y vida” (Jn. 6:63; lea Jn. 1:1-4.14-18; 6:68.69; 1.Jn. 1:1-3).

Día 2

Éx. 24:4.7; Sal. 19:8-12; 2.P. 1:21

Moisés *escribe* todas las palabras recibidas de Yahveh. Él “fue enseñado en toda la sabiduría de los egipcios” (Hch. 7:22a). Lo que Moisés había aprendido, Dios lo utiliza en el servicio. (Comp. Éx. 17:14a; 34:28; Nm. 33:2; Dt. 31:9.22; Jos. 8:32; 24:26.)

La historia de la formación de la Biblia tiene muchos aspectos y es muy emocionante, pero al mismo tiempo quedan algunas preguntas sin respuesta. Por más que indagamos cuidadosamente, no entendemos todo. Esto es bueno, pues nos mantiene humildes ante nuestro Dios.

El gran teólogo Pablo exhorta a su amigo y líder de la iglesia Timoteo: “Persiste tú en lo que has aprendido ... toda la Escritura es inspirada por Dios” (2.Ti. 3:16a). Literalmente quiere decir: “*Toda* la Escritura tiene el soplo de Dios”. El concepto “soplo” o “soplado” es la misma palabra en griego que se usa para el *Espíritu* de Dios. Toda la Escritura es inspirada por el Espíritu Santo.

Así podemos confiar completamente en toda la Palabra de Dios y debemos estudiarla con diligencia (comp. Hch. 17:11). Pero no es importante *solo* la lectura o escuchar la Palabra, sino el obedecerla.

Esto lo expresa Santiago muy claro en Stg. 1:22-25. “Si nosotros escuchamos la Palabra de Dios y hacemos las obras de Dios, entonces toda nuestra vida será una fiesta de acción de gracias que no se acaba” (F. v. Bodelschwingh). La Palabra de Dios es una Palabra santa que permanece hoy, mañana y para toda la eternidad (Mt. 5:18; Mr. 13:31).

Esto señalan las 12 columnas que Moisés levantó. Ellas representan el pueblo de Israel, familia por familia. Se refiere no solo a los israelitas junto al monte Sinaí, sino también las generaciones futuras. Dios hace historia con su pueblo: ayer, hoy y mañana. “Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos” (Dt. 4:7)?

Día 3

Éx. 24:5-8; He. 9:14.15.22

Siguiendo con nuestra reflexión en éste estudio hemos preguntado: ¿Cómo podemos y debemos vivir comprometidamente el pacto con Dios y entre nosotros?

2. *Por medio del sacrificio.* El que escucha la Palabra de Dios, el que quiere vivir una vida que le honre a Él, lo podrá hacer solo sobre la base del sacrificio.

Moisés levanta un altar y comisiona a muchachos jóvenes ofrecer holocaustos y sacrificios de paz a Dios.

Por las actuaciones de Moisés con la sangre de las víctimas, al esparcir la sangre sobre el altar y el pueblo, los israelitas reciben “una vida nueva por la divina gracia” (C. F. Keil).

Moisés habla de “*la sangre del pacto*”. Esa tiene un triple efecto:

a. Dios y los israelitas se han juntado a una unidad. Ellos forman una comunión inseparable. El pacto otorgado por Dios ahora tiene validez. Es un pacto santo.

b. La sangre del pacto es la base de la renovación de vida para los israelitas. Ahora para el pueblo es posible vivir su destino: “Vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa” (Éx. 19:6a).

c. El esparcimiento con la sangre significa para los israelitas una obligación. Dios les ha dado todo lo que necesitan para una vida reconciliada y nueva. Por eso ellos pueden entregar su vida a Dios y vivir bien *los unos con los otros*. Aquí junto al monte Sinaí el pacto de Dios con Israel está realizado. Este es el antiguo pacto.

Sobre el monte Gólgota se realiza el nuevo pacto para *todos* los hombres. Dios mismo se ofreció como sacrificio. En la entrega de la vida de su Hijo, nuestro pecado es expiado. Todos los sacrificios que Dios decretó en el antiguo pacto son resumidos en el singular y único sacrificio del Hijo de Dios, Jesucristo. Él creó el nuevo pacto: expía nuestros pecados, nos otorga una nueva y eterna vida, en la que debemos vivir ahora. (Lea Mr. 14:24; Ef. 1:7.8; 1.P. 1:18.19; 2:9; Ef. 2:13.14.)

Día 4

Éx. 14:1.2.7.9-11; 33:20-23

El pacto en el monte Sinaí está hecho: Moisés lee audiblemente el libro del pacto a los israelitas. Ellos lo confirman con las palabras: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho y obedeceremos”.

¿Cómo será posible, cómo debemos vivir el pacto con Dios y entre nosotros?

3. *En la adoración a Dios.* Setenta y cuatro personas suben al monte de Dios. Ellos se quedan juntos un tiempo. Solamente Moisés puede entrar más cerca del Señor. Los otros deben postrarse ante Dios y adorarle a la distancia correspondiente.

Los adoradores dejan atrás sus propias cuestiones y manifiestan: Solo tú, Señor, eres Dios. Nadie es como tú. Solo tú eres santo, solo tú eres digno de recibir gloria y honra y poder. Estos hombres experimentan algo de lo que es el cielo: “Ellos vieron al Dios de Israel ... y vieron a Dios, y comieron y bebieron”.

No están ante Dios cara a cara. Pues el que viere a Dios cara a cara no puede sobrevivir. Pero ellos ven Su gloria, Su resplandor y Su belleza. Ellos experimentan una comunión de comida alegre y aliviada.

Aquí ya podemos percibir algo del nuevo pacto. En Su Hijo Dios reveló Su persona (Jn. 1:14), en el monte de la transfiguración mostró Su gloria (Lc. 9:32) y en la Santa Cena permitió una nueva comunión (Mt. 26:26-29).

“La oración en el sentido de pedir algo forma solo una pequeña parte de lo que es oración: Confesión y arrepentimiento son el umbral, adoración su santuario, presencia de Dios su pan y vino” (C. S. Lewis). Un día desembocará la adoración a Dios en la gloria eterna. Entonces los redimidos lo verán cara a cara. Ellos podrán tener parte de la cena de las bodas del Cordero. (Comp. Jn. 16:16-19.22.23; 1.Jn. 3:1.2; Ap. 19:6-9.)

Día 5

Éx. 24:12-18

Dios manda a Moisés subir al monte ante Él. Allí deberá recibir las dos tablas de piedra con los Diez Mandamientos y otras instrucciones. Para el Señor es de suma importancia aclarar que Él *mismo* ha escrito las tablas. (Comp. Éx. 31:18; 32:15.16.) Ellas son la señal del pacto que Él concretó y afirmó con su pueblo. No es el hombre que se levanta para llegar a Dios, sino que es Dios quien se acerca al hombre, le otorga Su cercanía, especialmente por Su buena Palabra. El que se aferra a Su Palabra, vivirá: “Porque no os es cosa vana; es vuestra vida” (Dt. 32:47a; comp. Mt. 4:4; Jn. 8:51).

La nube cubre el monte, demuestra la gloria de Dios y al mismo tiempo la cubre. Dios está presente en forma invisible. A Él no se le puede palpar, no se le puede comprender del todo, no es visible como los dioses que son todos “nulos”. El Dios viviente es el Dios santo y personal. La nube es como un puente en esa tensión. Pero Moisés la soporta. “Ni nunca oyeron, ni oídos percibieron, ni ojo ha visto a Dios fuera de ti, que hiciese por el que en él espera” (Is. 64:4). Esperar hasta que Dios habla, hasta que Él actúe. No es una lección fácil. Pero Moisés ha confiado a Dios, al que no ve, pero al que ama. “Los que te aman, sean como el sol cuando sale en su fuerza” (Jue. 5:31; comp. 1.Co. 2:9.10).

Al séptimo día Dios llama a su siervo Moisés a Su misma presencia, cuarenta días y cuarenta noches. Esto quiere decir que Moisés no debe hablar o actuar por sí mismo, sino conocer detalladamente la voluntad de Dios y cumplirla. Aquí Moisés, el mediador del pacto antiguo, señala a Jesús como el mediador del nuevo pacto, que dijo: “ ... nada hago por mí mismo, sino que según me enseñó el Padre, así hablo” (Jn. 8:28).

Día 6

Éx. 25:1.2; 36:3-5; 1.Cr. 29:14

¿De qué manera podemos vivir el pacto con Dios y entre nosotros, en este mundo lastimado y caótico?

4. *Permaneciendo en comunión con el glorioso Señor.* ¡Impresionante el regalo que Dios da a su pueblo! En la montaña revela a Moisés el “plano de construcción” para una “iglesia móvil”. El tabernáculo debe “caminar” en la tierra atravesando junto con su pueblo el desierto árido y peligroso.

¿Qué “casa de Dios” es ésta? La idea viene, igual que los Diez Mandamientos y los preceptos de Dios, de primera mano, de Su corazón y refleja Su gloria.

En los próximos días observaremos esa casa móvil y encontraremos en cada paso la belleza de Dios. Veremos mucho acerca de Su manera de ser y de Sus propósitos con su pueblo. Ellos no deben estar pasivos, sino colaborar activamente. No así, algunos edifican y otros los observan y cuestionan críticamente.

Dios exhorta a todos a dar de corazón todo lo que quieren ofrendarle. ¡Todo debe realizarse en libertad bajo el dominio de Dios! Las ofrendas al Señor deben ser un “sacrificio” como “ofrenda elevada”. Se refiere a donaciones materiales que se “levantan” de entre todos los bienes y se las ofrece a Dios. No debe haber obligación, sino se debe dar de corazón voluntario. Los donantes vienen por propio deseo, dándole a Dios con gusto. Con su ofrenda agradecen a Dios por Su bondad, fidelidad y Sus bienes. “Dios ama al dador alegre” (2.Co. 9:7b; lea también los versos 6.7a; Esd. 8:24-30).

Es aconsejable y bueno, si de vez en cuando revisamos nuestros bienes, cuentas corrientes y reservas, pensando qué y cuánto queremos ofrendar para la extensión del reino de Dios. En eso vale la actitud: “Ofrendar al Señor no es algo doloroso, sino lo más razonable que uno puede hacer” (C. ten Boom).

Día 7

Éx. 25:3-9; 29:45.46; 1.R. 6:13

Nos asombramos al ver todo lo que los israelitas juntaron para el Señor y el santuario. Son todos objetos preciosos y exquisitos. Ellos sirven para elaborar los utensilios para la construcción del tabernáculo. ¿Cómo consiguieron los israelitas tales asombrosas riquezas? Leamos Éx. 3:21.22; 12:35 y Sal. 105:37a.

A Dios le importa mucho aclarar que Él mismo no quería vivir en el santuario, sino en medio de su pueblo, *entre ellos*. Dios no se deja encerrar en un edificio. Esto ya señala la nube que después de terminar el tabernáculo, lo cubría y llenaba (Éx. 40:34.35).

Más tarde en la inauguración del hermoso templo el rey Salomón oraba: “He aquí, que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener; ¿cuánto menos esta casa que yo he edificado?” (1.R. 8:27).

¿Acaso no es un grandioso milagro que ese Dios soberano y libre extiende Su bondad y gracia para vivir también en nuestro medio? Nos asombra también, que ese mismo Dios hoy no solo quiere vivir en medio nuestro, sino también en nosotros personalmente. Cualquiera que haya invitado a Jesús a entrar en su vida, en ese habita Cristo por medio del Espíritu Santo. (Comp. Jn. 17:26; Ro. 8:10.11; 2.Co. 13:3.5; Gá. 2:20; 4:19.)

La gente alrededor mío, ¿se da cuenta de esto? Una mujer joven entró en la relojería. Se entabló una conversación y de pronto la relojera preguntaba: “Dígame, por favor, ¿qué es eso en usted, pues irradia una paz especial?” De ahí seguía una charla acerca de cómo uno puede conseguir paz con Dios. El evangelio “es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree” (Ro. 1:16).

¿Cuáles resultados o consecuencias se percibe de mi vida en la familia, la iglesia, entre la vecindad, en el lugar de trabajo ... que Jesús vive en mi?

Día 8

Éx. 25:10-22

Antes que nos acerquemos al santuario*, afirmamos generalmente: El Nuevo Testamento interpreta el culto antiguotestamentario y la vida de fe hacia Cristo y su salvación. Y viceversa también: El Antiguo Testamento señala aun en forma cubierta a nuestro Señor Jesucristo. De modo especial vale esto para el tabernáculo. Este es un modelo de nuestra vida con Jesús. (Comp. He. 8:5.6; 10:11-14; Lc. 24:27.)

Observemos el tabernáculo en detalles. El lugar interior está dividido en dos partes: el lugar adelante es el lugar santo (10x5x5m), la parte de atrás el lugar santísimo (5x5x5m). Las dos partes se dividen por una pesada cortina tejida. Los capítulos 25-27 de Éxodo comienzan con las instrucciones de Dios referidas al **arca** del pacto.

El arca es la parte central del tabernáculo y tiene su lugar bien atrás tapado por la cortina en el lugar santísimo. El cajón cubierto de oro con la tapa de oro puro y los dos querubines encima tiene un propósito doble: a. El arca con los Diez Mandamientos en su interior afirma el pacto de Dios con su pueblo.

Una verdadera amistad con Dios, sincero amor por Él son unidos inseparablemente a Su Palabra. Nadie se responsabiliza sobre la Palabra de Dios que Dios mismo. Es una Palabra santa, y es una Palabra conectada con la tierra. Esto señala la madera de acacia del arca cubierta de oro.

La acacia vale por sus características como la madera “incorruptible” del desierto: Crecido de la tierra y arraigada en ella recuerda al humanado Mesías de Dios: “Una vara del tronco de Isaí” (comp. Is. 11:1-2). Él ha cumplido toda la ley. De esto vivimos (lea Mt. 5:17; Ez. 36:27).

Da la impresión que los dos querubines se inclinan ante Dios, ante su santo pacto con su iglesia y se admiran de Su Palabra. Ellos admiran, admiran. La Palabra de Dios da felicidad. (Lea Sal. 112:1; 119:2; Jos. 22.5; 1.R. 8:61.)

*El nombre de la habitación de Dios cambia según las traducciones: santuario, morada del testimonio o de la ley (Éx. 38:21), tienda de reunión o tabernáculo (Éx. 27:21; 28:43).

Día 9

Éx. 26:34; Lv. 16:14-19.30

El arca en el lugar santísimo es b. una muestra de la alteza de Dios. Cualquiera que se atrevería acercarse detrás del velo al arca, sería juzgado por Dios y exterminado. El arca es símbolo del trono y del juicio de Dios. Sin embargo ya en el Antiguo Testamento Dios otorga a los creyentes acceso a Su presencia. Del trono de juicio llega a ser un trono de gracia: lugar de reconciliación y perdón. De esto nos da testimonio la tapa de oro puro, en hebreo “kapporaet”. El verbo correspondiente “kippaer” significa “reconciliar, expiar, perdonar”.

Una vez al año, en el día de la expiación, el sumo sacerdote toma de la sangre de un animal sacrificado y la rocía siete veces sobre el propiciatorio. Ese acto “santísimo” consiste simbólicamente en perdonar todos los pecados de todos los israelitas. El animal del sacrificio muere por el pecador. El pecado es expiado.

A este suceso recuerda el apóstol Pablo. Él señala el acontecimiento del sacrificio singular del Señor Jesucristo en aquel día viernes, el mayor y único día de expiación. Literalmente dice en Ro. 3:25a: “Dios ha puesto públicamente a Jesús como ‘propiciatorio’ (lugar de expiación).”

Del lugar de juicio, se hizo de una vez para siempre, un lugar de gracia. Pues Jesús, el verdadero sumo sacerdote, “entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención”. Esto no lo hizo con la sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre. (He. 9:12; comp. Sal. 103:3-12; 117:2).

El perdón hace feliz. “Recibiendo el perdón por la muerte de Jesús en la cruz, Cristo nos abre el camino al santuario de Dios, entonces hemos llegado a la meta. Entonces estaremos en el lugar donde el sol de la misericordia nos ilumina. Entonces estamos en la situación en la que nada nos falta, nada nos condena, porque el amor de Dios nos abraza por completo” (F. v. Bodelschwingh).

Para reflexión lea: Ro. 3:21-26; Ef. 2:8-10.

Día 10

Éx. 25:23-30; Lv. 24:5-9

El texto nos conduce fuera del lugar santísimo al lugar santo: primero a la **mesa** de madera de acacia, cubierta de oro puro. Alrededor una cornisa de oro puro con su moldura de adorno, también de oro. La mesa sirve para presentar los 12 panes de 3 kg cada uno, que se cambian semanalmente. Literalmente ellos se llaman “panes de la proposición”; se refiere a las ofrendas que se propone ante el rostro de Dios.

Los panes son destinados para los sacerdotes, que tienen el privilegio de comer de la mesa de oro. Las dos hileras cada una de seis panes, simbolizan las doce tribus de Israel. Yahveh le permite a su pueblo, representado por los sacerdotes, compartir en su mesa. Lo que ellos ofrecen al Señor por amor y obediencia, Él se lo devuelve por puro amor.

Siglos más tarde, cuando Jesús, el Hijo de Dios obraba en Israel, servía a su pueblo en lugares despoblados. Todos, no solamente los líderes espirituales del pueblo, pueden comer el pan regalado del Padre celestial, hasta saciarse. Todo el pueblo representa a las doce tribus (comp. Mr. 8:19; Jn. 6:13).

Hagamos una línea del Antiguo Testamento al Nuevo: 12 sacerdotes; 12 tribus; los doce apóstoles elegidos por Jesús, el “pan de vida” y la institución de la Cena del Señor; la iglesia de Jesucristo como sacerdocio santo de judíos y gentiles; usted y yo. Entramos en un lugar santo en la casa de nuestro Dios, cuando comemos del “pan de vida” en la Santa Cena. (Lea Jn. 6:26-29.32-35.47-56; 1.P. 2:9.)

Si pensamos que el “cuerpo” de nuestro Señor Jesucristo “fue roto, quebrado” por los pecadores, deberíamos una y otra vez comprobar, si acaso profanamos la “mesa del Señor” por una manera de vivir demasiado suelta (Mal. 1:7-12; 1.Co. 10:14.21; 1.Jn.5:21).

¡Aferrémonos nuevamente por la fe que Cristo nos ha redimido de todos nuestros pecados!

Día 11

Éx. 25:31-40; 27:20; Is. 60:1

El que entra al santuario que no tiene ventanas, observa en primer lugar el **candelero** de siete brazos. Al igual que los querubines es una obra de arte. Es labrado a martillo de una pieza de oro purísimo. También los utensilios pertenecientes como despabiladeras y platillos son de oro puro. El candelero simboliza la perfección y singularidad de Dios. El es *la* fuente de luz, Él vive en la eterna y clarísima gloria. “Dios es luz y no hay ningunas tinieblas en él” (1.Jn. 1:5; Sal. 104:2; 1.Ti. 6:16).

El que observa aunque sea un poco de esa gloria resplandeciente, se estremece hasta lo más profundo, reconoce su pecaminosidad, carácter transitorio y perdición (Is. 6:1-5). Pero Dios nos dio el regalo que podemos ver su luz sin caer muertos. Esto vale desde el tiempo que Jesús actuaba sobre nuestra tierra. “En su luz vemos la luz” (Sal. 36:9).

Además Él dice de sí mismo: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (Jn. 8:12; lea Jn. 12:46). Jesús toma de su luz y la enciende en nosotros. Él dice a sus discípulos: “Vosotros sois la luz del mundo”. Con esto está dicho: No tenemos que sacar luz de nosotros mismos, su luz actúa en y a través de nosotros. Por eso podemos resplandecer como estrellas en el mundo oscuro. (Lea Is. 49:6; 42:6.7; Mt. 5:14-16; Fil. 2:15.)

¿Cómo puede permanecer encendida nuestra luz? En que no nos retiremos de Su Palabra. Dios nos purifica por Su Palabra, Él quita lo oscuro del pecado, nos levanta y nos llena nuevamente con el aceite de Su Espíritu*. La cuestión es si yo permito la obra purificadora en mí.

*El aceite de olivo no es solamente alimento, además se lo usaba para curar heridas, pero también como el “aceite de la santa unción” para reyes, sacerdotes y profetas. Además es una figura del Espíritu Santo (Hch. 1:8; 2.Co. 1:21.22; He. 1:9; 1.Jn. 2:20.27).

Día 12

Éx. 25:31-33; 36:1.2; 37:17-19; Zac. 4:1-6

Observemos una vez más el **candelero** de oro: La descripción bíblica no muestra si los brazos salen curvados hacia arriba, como se los ve en la mayoría de los cuadros. También sería posible que fueran derechos. Entonces sería más notable que todo el candelero con sus brazos tuviera la estructura de un árbol. Los adornos de la caña y de las “ramas” son figuras de la flora: “Las copas, manzanas y flores de almendra” (B. Jacob).

Las siete copas para “las siete lámparas” están hechas así que su luz ilumina la mesa de oro con los doce panes. (Comp. Éx. 25:37.) “El candelero iluminado se parece a un árbol en flor, lo que significa en la lengua semita un brillo luminoso o resplandor especial” (B. Jacob).

Nuevamente el número *siete* (caña y seis brazos; siete lámparas) señalan a la perfección de Dios. Así el candelero de oro representa una vida de abundancia. Él simboliza la presencia de Dios y sus obsequios riquísimos. Jesús “la luz del mundo” y “el pan de vida” nos prometió una vida en abundancia: “Yo he venido para que tengan vida; y para que la tengan en abundancia” (Jn. 10:10b).

Los doce panes que simbolizan las doce tribus señalan que Dios otorga a cada miembro de una tribu luz y vida. También nosotros, injertados en el “olivo” verdadero (el pueblo de los judíos) no solamente hemos recibido luz y vida, sino también el Espíritu Santo. (Comp. Ro. 11:17; Sal. 36:9; 2.Ti. 1:10; 2.Co. 1:21.22; 1.Jn. 2:27.)

Lo que Dios nos regala nunca se pierde. Su Espíritu permanece para siempre con aquellos que han entregado su vida a Cristo (Jn. 14:16.17; 2.Co. 4:6).

“Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, fuente de eterna bendición, llena el corazón, la mente y las acciones y que brote de nosotros alabanza y bendición”. (G. Teerstegen).

Día 13

Éx. 26:1-14

Cuatro cortinas forman el techo del santuario: a. La *cubierta de querubines* (v.1-6), una obra primorosa, elaborada de materiales costosos. Según el modelo de los querubines sobre el arca, también la cortina debería tenerlos incorporada. Si uno en el santuario miraba hacia arriba, observaba simbólicamente la gloria de Dios.

b. La *cortina de pelo de cabras* (v. 7-13) debe proteger la hermosa cortina abajo, sus medidas son más grandes. La gloria de Dios y Su santidad, los sacerdotes las pueden ver solamente de “adentro”, no desde “afuera”. Lo santo se debe guardar en el corazón: “Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón” (Pr. 4:23).

Pero nosotros lamentablemente una y otra vez pecamos. A esa realidad señala c. *la cortina de pieles de carnero* teñidas de rojo (v.14a). Pensamos en Abraham, al que Dios le señaló el carnero. Este debía morir, pero Isaac podía vivir. El sacrificio declarado por Dios es el sustituto por el pecador sentenciado a muerte. Pero este ahora puede vivir ante Dios y con Él. Nuestro sustituto es Jesucristo, el Hijo de Dios. (Lea 1.P. 2:22-24; He. 12:2.) Se nos ha regalado una nueva vida en la cual podemos “andar” diariamente (Ro. 6:4b).

d. La *cubierta de pieles de tejones* (v.14b)*: El cuero era grueso y resistente y ofrecía una buena protección a todas las inclemencias del tiempo. ¡Cuántas cosas tenemos que soportar cada día! Podría ser una ayuda de anotar concretamente todos los problemas que usted tiene y después presentarlos ante Jesús: sus impresiones, tentaciones, mensajes tristes, abusos sufridos ...

A veces necesitamos conversar con una persona de nuestra confianza. Entonces se puede sacar todo a la luz, lo que nos ataca, duele o apena. La oración es una gran protección. Es la relación inexplicable pero real de la impotencia humana hacia el Dios Todopoderoso. “La oración puede cambiar la situación, o si aun sigue existiendo, puede fortalecer mis hombros para soportar lo difícil” (P. Deitenbeck).

*otros expositores opinan que eran cueros de delfín o de vaca marina.

Día 14

Éx. 26:15-30; Ef. 2:22; 1.Ti. 3:15

Las **tablas** que conforman las paredes del santuario, son hechas de madera de acacia y cubiertas de oro, como el arca del pacto y la mesa. Lea nuevamente la descripción acerca de Éx. 25:10-23 (día 8).

Con los ojos de la fe vemos a Jesús como verdadero Dios (oro) y verdadero hombre (madera de acacia). Cuando él vivía en la tierra muchos lo vieron solamente como hombre, muy pocos lo reconocieron como Hijo de Dios (lea Jn. 6:64-69).

Respecto a las tablas de madera de acacia vemos aun otra verdad espiritual: Los creyentes son igual que otros, hombres “normales”, hechos de la misma “madera”. Pero sucedió algo decisivo: Por “el nacimiento de arriba” nuestra vida está escondida en Dios (Jn. 3:5-7; Col. 3:3). Como tales formamos la iglesia del Señor Jesucristo. Estamos sostenidos y unidos por el vínculo del amor, lo que simboliza la barra cubierta de oro, que mantiene unidas cada una de las tablas (Col. 3:14).

¿Cuál es la base de estas? Cada tabla dorada descansa sobre dos **bases** de plata, así está firme. (Cada bloque pesa más o menos 40kg). Estas bases son preparadas del dinero de rescate de cada hombre de veinte años arriba (Éx. 30:14-16). Se debe pagar un precio para poder pararse firmemente.

Para nosotros, la iglesia de Jesucristo, uno ha pagado un precio muy alto. El pueblo neotestamentario no fue comprado con plata u oro, sino con la sangre preciosa del Señor Jesucristo (lea 1.P. 1:18.19; Mt. 20:28; Hch. 20:28). Este fundamento da firmeza y postura segura, como las tablas doradas están ancladas firmemente en las bases de plata.

“Mi pie ha estado en rectitud; en las congregaciones bendeciré a Jehová” (Sal. 26:12; comp. Jos. 1:7-9; Gá. 5:1; Ef. 6:10; Fil. 4:1). Estamos fuertes en el Señor; “escondidos con Cristo en Dios”.

Día 15

Éx. 26:31-37

El concepto “**velo**” (cortina) que separaba el lugar de más adentro del santuario interior, es distinto que en los versículos 1-6. Literalmente dice “algo que separa”. Con eso se explica aún más que en los versículos 1-6. La entrada está estrictamente prohibida. No se puede ver a Dios, ni tocarlo, ni entenderlo. Él vive en una “luz inaccesible a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver” (1.Ti. 6:16). Él es completamente diferente, Él es el santo. Pasar ese límite se paga con la muerte.

Pero al mismo tiempo el velo vale como “lo preparativo para el arca del testimonio, quiere decir para el encuentro con el Dios de los mandamientos y la gracia” (B. Jacob; comp. Nm. 4:5).

Esa gracia de Dios nunca se vio tan sublime y poderosa como en el momento de la muerte de Su Hijo: Cuando Él murió en la cruz por el pecado de todo el mundo, se rasgó “en dos el velo del templo, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron” (Mt. 27:51). El acceso al trono de la gracia está libre. (Lea Mt. 27:50-54). ¿Qué habrá ayudado al centurión romano (no era judío) para reconocer a Jesús como Hijo de Dios?

Para nosotros no se nos abren tumbas. No se nos aparecen personas que habían estado muertas. Pero en nuestra vida hay golpes y quiebres que se parecen a un terremoto. ¿Cómo actuamos en las situaciones de conmoción en nuestras vidas? ¿Acaso reconocemos cuán cerca está Dios? ¿Nos damos cuenta que Él no nos quiere exterminar sino levantar?; ¿qué quiere transformarnos y bendecirnos?

“Solo lo que nos conmueve, también nos puede mover. Solo lo que nos transforma, será bendición para nosotros” (A. Pöttsch). ¡Qué regalo, qué bendición: Hay libre acceso al “trono de la gracia” y es gratuito! Pues Jesús pagó el precio.

Día 16

Éx. 27:1-8; He. 10:11-14

El **altar** (2.50x2.50x1,50m)* era cuadrado, hecho de madera de acacia cubierto de bronce y era hueco. Sus “cuernos” en las cuatro esquinas eran *parte* del mismo. Estos no simbolizaban los cuernos de los animales del sacrificio. Pues significarían según las creencias paganas la fuerza de los ídolos. En cambio lo importante era que los cuernos eran la parte más alta del altar.** Entonces eran la parte más santa. “En las partes más santas del altar se ponía con el dedo la sangre del sacrificio por el pecado” (según B. Jacob).

Esa sangre señala hacia el cielo, incluso a todos los puntos cardinales. Esto quiere decir: La reconciliación es posible no solamente para los israelitas. Ella vale para toda la humanidad. Jesucristo, el único y suficiente sacrificio por el pecado trae la reconciliación, la paz con Dios, a todos los pueblos. “Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1.Jn. 2:2; comp. Jn. 1:29; Col. 1:20). “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1.Jn.4:9.10).

El altar del holocausto con sus cuernos servía también de lugar de refugio. Un ejemplo encontramos en 1.R. 1: Adonías, el cuarto hijo del rey David, intenta su propia entronización y se deja celebrar como rey. Se estalla un serio conflicto. Adonías huye y se amarra a los cuernos del altar (v.50-53).

Nuestro lugar de refugio es el Gólgota. Aquí podemos depositar nuestros pecados y los de otras personas y agradecer por la reconciliación con Dios.

*Aunque el el texto bíblico no lo menciona precisamente podemos pensar que para el servicio en el altar de sacrificio se necesitaba una rampa (no escalones, comp. Éx. 20:26).

**Expositores judíos suponen que cada cuerno tenía 0,50m.

Día 17

Éx. 27:9-19

El **atrio** alrededor del santuario tenía del lado norte y del sur 50, del lado oeste y este 25 metros y una altura de 2,50 metros. Las cortinas de lino fino formaban el cerco del santuario. Solo de un lado, del este, había una **puerta** con una cortina muy preciosa, fijada a cuatro columnas. Los colores del santuario hablan de la gloria del Señor y nos enseñan que esto no es una puerta cualquiera. Existe solo esta única puerta, detrás de la cual se encuentra a unos pasos el altar del holocausto.

El acceso a la tienda de encuentro es un modelo de qué manera nosotros podemos tener comunión con Dios y cómo podemos vivir con Él. “Yo soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo” (Jn. 10:9a; comp. Jn. 14:6).

Una y otra vez escuchamos: “¿Jesús, será la única puerta a Dios? ¿El único camino al cielo? ¡Qué estrechez! El cristianismo es solo *una* entre las muchas religiones. Cada cual debería poder salvarse según su creencia”. Nuestro Señor realmente habla de una “puerta angosta” y un “camino angosto”. Con esto quiere decir que existe solo esa puerta y solo este camino que lleva a la vida.

Además tenemos que realizar que la puerta al atrio del santuario con más de diez metros es bien ancha. Todos están invitados a encontrarse con Dios. Aquel que está purificado de pecado (holocausto) se dará cuenta, qué hermosa es la libertad de los hijos de Dios. Libertados para amar, para servir, para bendecir, para invitar amablemente a otros a llegar a Jesús ...

Toda nuestra conducta de vida puede y debe ser un modelo de la libertad de los hijos de Dios (comp. Jn. 8:36; Ro. 6:18-23; 2.Co. 3:17; Sal. 16:11).

Día 18

Éx. 27:20.21

“**Aceite** puro de **olivas** machacadas” no se consigue en la prensa de olivas. Mucho más se refiere de las primeras gotas que salen al ser machacadas las olivas. Todo el pueblo debe traer a Moisés el “aceite purísimo”. Cada uno se puede identificar con la realidad: La luz de Dios debe arder día y noche.

Porque Jesús dijo: “Yo soy la luz”, la tenemos también día y noche. Él siempre está con nosotros. Él alumbramos nuestro camino paso a paso. Él ilumina las horas oscuras. Cuando ya no nos brilla ninguna luz, porque estamos desanimados, igual vale: No hay noche sin luz.

Aarón y sus hijos deben ocuparse que las luces del candelero ardan continuamente. Según la interpretación judía esto tiene un valor simbólico para los sacerdotes: Los sacerdotes no están libres de sus responsabilidades, aunque no estén de servicio activo. Y, ¿nosotros? ¿Qué tal vemos nuestro sacerdocio (Ap. 1:5b.6; 5:10)? ¿Debemos nosotros servir día y noche?

Por un lado: No. Nadie debe ni puede trabajar hasta caerse. Muchos de nosotros están tapados de trabajos. Unos están muy cansados y quizás también desanimados, otros se vuelven agresivos y desconsiderados. Para una reorganización no hay receta que valga. Cada cual debe encontrar su camino delante de Dios y con Él, para su vida personal como también en la convivencia con otros. ¡Permite que se te ayude! Jesús invita: “Venid a mi todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt.11:28; comp. Sal. 38:8.9; Mr. 6:31; Éx. 18:1-24).

Por el otro lado: Sí. Según nuestra vocación como sacerdotes de Dios siempre estamos de servicio. No somos sacerdotes de día y de noche no lo somos. La verdad que mi sumo sacerdote Jesucristo ora día y noche por mí, me da la orientación y la ayuda para encontrar y vivir un buen equilibrio entre tensión y descanso. (Comp. He. 7:25; 9:24.)